

# LA FABRICACION DE UN PRESIDENTE

La fabricación de un presidente de los Estados Unidos en un breve lapso, a partir de un ciudadano bastante común, desconocido del país y del mundo, considerado con una benévola indulgencia por sus compañeros de partido y Congreso, que no ha tenido en su vida política más votos que los del estado de donde procede, del que no hay un texto o un discurso que recordar, tiene mucho de obra de arte de las modernas ciencias políticas. Es el caso de Gerald Ford. Se está creando y lanzando su imagen; con bastante habilidad, con bastantes probabilidades de éxito. Para el caso de que el presidente Nixon se vea forzado a abandonar la presidencia en los días sucesivos. Algunos dicen que, precisamente, el abandono —dimisión, «impeachment» o la fórmula que se decida o que se haya decidido— es algo ya adquirido y que depende de la «creación» de Ford, una vez que su nombramiento de vicepresidente haya sido aprobado por el Congreso. Y a estas alturas parece que la ratificación va a producirse en el curso de la semana.

Nixon, sin embargo, se está defendiendo firmemente. Se dice que es su última línea de defensa. Consiste en apariciones públicas en las que trata de recuperar su popularidad perdida, en el anuncio de que va a entregar documentos que aprobarán cumplidamente su inocencia —¿por qué no lo ha hecho ya?, le preguntan; y responde que porque no quería comprometer a terceros— y una serie de pequeñas reuniones —desayunos, almuerzos— con políticos de su propio partido, con senadores a los que trata de influir para que le defiendan ante el Senado. Es un vía crucis. Los senadores de los Estados Unidos no se distinguen por su suavidad de lenguaje. Y la situación es tal que a ninguno le conviene aparecer como complaciente, suave o cómplice del presidente. Le están haciendo preguntas terribles —Frank Horton, de la Cámara de Representantes, le ha preguntado si no temía que con él se produjera una repetición del caso Agnew: esto es grave, porque Agnew es un convicto, que se ha reconocido culpable de un delito común (la asociación de abogados acaba de iniciar un procedimiento para irradiarle de la profesión, que no podría volver a ejercer nunca más); Nixon se ha limitado a responder «No». Como estas preguntas, estas frases, se publican en los periódicos —los mismos

interlocutores de Nixon se encargan de repetirlos—, crean una especie de emulación en los demás, que quieren aparecer a su vez en la prensa como atacantes del presidente. El senador Pacwood le ha dicho: «Usted tuvo una vez la capacidad de dirigir este país, pero la ha perdido. Tiene todavía el poder de gobernarlo, pero si aquí hubiese aún una democracia parlamentaria, el poder para gobernar le habría sido retirado por su propio partido» (advértase que todos los interlocutores de Nixon son republicanos: las reuniones que está haciendo son para recuperar la confianza de su propio partido). Otro le ha propuesto que se presente ante el país por medio de la televisión para explicar ampliamente su caso, pero que lo haga «con humildad». Cuando se le ha propuesto que comparezca ante una sesión conjunta del Congreso —la reunión de la Cámara de Representantes y el Senado—, Nixon ha contestado esta frase agria, clínica, amarga: «Los demócratas seguirán diciendo que soy un mentiroso hijo de perra, y los republicanos que soy un mentiroso, pero que soy "su" hijo de perra». En general, los argumentos de Nixon son los de que no dimite porque aún puede hacer muchas cosas en defensa del país, y arguye que el sentido de paz y de conciliación mundiales de su gestión ha sido reconocido internacionalmente por el premio Nobel de la Paz dedicado a Kissinger.

En esta campaña de defensa de la presidencia irrumpe Gerald Ford. Ha comenzado una serie de apariciones públicas destinadas aparentemente a restaurar la figura del presidente en entredicho. «Es hora de que aquellos que defienden a su presidente empleen las mismas técnicas que los que se oponen», ha dicho, reclamando una campaña nacional de adhesión y propaganda nixonianas. «También la mayoría silenciosa tiene derecho a que se oiga su voz. Enviad telegramas y cartas a vuestros congresistas para contrarrestar el efecto de la campaña de los enemigos». Pero, ¿está Ford defendiendo a Nixon o se está defendiendo a sí mismo? En realidad, la imagen del hombre leal —siempre lo ha sido con respecto a Nixon— forma parte de su fabricación presidencial. Defendiendo a Nixon, Ford muestra que no tiene ninguna afición a la presidencia, y menos a costa de la muerte civil de su jefe. Pero rápidamente ha de contrarrestar

la impresión que podría dar de indiferencia; y explica que está dispuesto a «hacer el trabajo». «He realizado en mi vida un cierto número de trabajos, y nunca he fracasado hasta ahora; tampoco fracasaría en éste».

De la realidad del personaje Ford se pueden sacar rasgos muy útiles para la circunstancia. Lealtad y nobleza en un momento en que la Administración se presenta como una guarida de chacales son algo importante. Simplicidad, sencillez, honestidad, también. Gerald Ford se presenta como apolítico, lo cual debería ser una contradicción en el caso de ser llamado para ocupar el puesto más político de la nación. Pero no olvidemos la fascinación que ha ejercido siempre el que aparece como apolítico en su país, donde la política ofrece el rostro del caos y el desorden: fueron las bases de los fascismos europeos, sin la más mínima intención de comparar a Ford con el fascismo. Es, sí, fuertemente conservador. Algunos de sus sarcásticos críticos dicen que lo que le ocurre es que va con una o dos décadas de retraso y simplemente no se ha enterado bien de lo que ha sucedido después. Cuando Ford habla de la importancia de la OTAN y de las tropas de Estados Unidos en el extranjero, se está comportando como el guerrero frío que fue cuando su jefe, Nixon, era vicepresidente de los Estados Unidos. Se exhuman ahora otras actuaciones conservadoras de Ford. Por ejemplo, que votó contra las leyes de derechos civiles de los negros, en la época de Kennedy, lo cual le presenta como racista; pero Ford explica ahora que votó en contra, porque las leyes no le parecían suficientemente explícitas. O que intentó que una de las figuras más veneradas del país, el juez Douglas, fuese apartado de sus cargos, por un artículo publicado en la revista «Evergreen»; la cuestión no estaba en el fondo del artículo —dice Ford—, sino en que se publicó a continuación de varias páginas de fotografías de desnudos, que considera ofensivas para el espíritu familiar del país. Hecho del cual no podía ser responsable el juez Douglas, y menos hasta el punto de ser separado de sus cargos por ello... Salen estas y otras cosas en un inmenso expediente que han construido 350 agentes del FBI, después de haber interrogado a un par de millares de personas: dos mil folios que han sido entregados al Comité del Congreso que

interroga a Ford y a los testigos que le parecen convenientes para ratificar su nombramiento. Los temas más importantes han sido un préstamo que le hizo al representante de un grupo de presión, que no aparece como devuelto, la sospecha de que apoyó a alguien para que fuese embajador a cambio de una contribución y haber sido tratado por un psiquiatra. Algo muy común para los ciudadanos de Estados Unidos, y casi del mundo, pero que en las cuestiones políticas suele considerarse como muy grave: recordemos que Thomas Eagleton, elegido por McGovern para acompañarle como candidato a la vicepresidencia en las elecciones pasadas, fue descalificado porque se descubrió que había sido tratado en una clínica psiquiátrica. No parece que en este caso la psiquiatría ni las pequeñas sospechas económicas vayan a tomarse en cuenta; la imagen de honestidad prevalece.

Honesto, sin ambiciones, leal, apolítico... Y dispuesto a cubrir un vacío de una manera provisional. Otro de los hallazgos de esta campaña de invención de Ford es la de su dimisión en 1976. Dice frecuentemente que en ese año —que es el del término del mandato presidencial actual— cumplirá 63 y se retirará definitivamente de la política, sea cual sea entonces su posición. Las razones que da son familiares: tiene cuatro hijos, que probablemente se habrán casado o tendrán edad de vivir solos, y si él se entrega a la política, su mujer quedará demasiado aislada. Por lo tanto, Gerald Ford debe volver a casa para hacerla compañía... Esto impresiona también y añade el calificativo de familiar al hombre soñado.

Corren insistentes rumores de que su inteligencia no es muy brillante. Se repiten antiguas frases. El presidente Johnson dijo de él una vez que era «incapaz de masticar chicle y de caminar al mismo tiempo», porque su atención sólo podía dedicarse a uno solo de estos esfuerzos, y los dos eran demasiado; el congresista Jack Brooks ha dicho al periodista inglés Stephen Fay que «Gerald Ford es producto de un cruce entre el hombre de Neanderthal y Atila», y el congresista —negro— Bill Clay dice que el problema esencial de Ford es que jugó demasiado al rugby sin ponerse el casco protector (en la Universidad, Ford fue un gran jugador de rug-





Gerald Ford se presenta como apolítico, lo cual debería ser una contradicción en el caso de ser llamado para ocupar el puesto más político de la nación.

R. F. A.

## BRANDT SALVA SU OSTPOLITIK

Mientras Henry Kissinger da un cero en conducta al gobierno de Bonn, al que considera culpable de haber protestado contra el envío a Israel de armamento almacenado en la República Federal, mientras un gran diario israelí sugiere al canciller Willy Brandt que vaya a arrodillarse ante un pozo de petróleo (alusión a su gesto ante el monumento conmemorativo del «ghetto» de Varsovia), los alemanes tienen estos días al menos un motivo de consuelo: Moscú se ha deshecho en elogios hacia el gobierno de Bonn, el cual, como explica un diplomático soviético, «ha demostrado cierto espíritu de independencia».

En plena crisis del Próximo Oriente, a principio de este mes de noviembre, Walter Scheel, ministro de Asuntos Exteriores de Bonn, se traslada a Moscú. Objetivo del viaje: solventar de una vez el contencioso entre Alemania y la URSS para poder «abordar por fin cuestiones serias».

El contencioso sigue siendo el problema de Berlín. En septiembre de 1971, las cuatro potencias (Estados Unidos, Unión Soviética, Francia y Gran Bretaña) decidieron que la República Federal se encargase de la representación jurídica de Berlín Oeste en el exterior. Pero bruscamente, bajo la presión de Alemania Oriental, la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia y Hungría se rebelan. Según estos países, Bonn tiene derecho a ocuparse en el extranjero de los derechos privados de los berlineses occidentales, pero no de las personas morales.

El canciller Brandt se considera engañado. Instigado por Walter Scheel y los altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, hostiles a la idea de hacerle a Moscú excesivas concesiones, Brandt decide suspender su proyectado viaje a Praga, durante el cual debería normalizar las relaciones con Checoslovaquia. La Ostpolitik se ve gravemente amenazada.

En Bonn se forman entonces dos clanes: Egon Bahr y Herbert Wehner —que son, junto con Brandt, los hombres más influyentes de la social-democracia alemana— se oponen vigorosamente a «quienes tratan de reavivar la guerra fría». Su blanco principal lo constituyen Scheel y sus colaboradores. Wehner, antiguo dirigente comunista convertido a la social-democracia al acabar la guerra, decide provocar un escándalo «para salvar —explicará a sus amigos— la Ostpolitik, a las que unos inconscientes han puesto en peligro». En Moscú, a donde se ha trasladado en cabeza de una delegación parlamentaria alemana occidental, Wehner ataca brutalmente al propio Brandt, al que no duda en calificar de «incapaz».

A su regreso a Bonn se produce una casi ruptura entre Brandt y él. En la prensa e incluso en el órgano central de la social-democracia, el «Vorwärts», sus partidarios entablan furiosas polémicas.

El clan Wehner-Bahr sale triunfante. El 2 de noviembre, Scheel va a Moscú. Gromyko, ministro soviético de Asuntos Exteriores, explica a su colega alemán que podría solucionarse el asunto de Berlín si Bonn se mostrase comprensivo «en otros terrenos».

Walter Scheel entiende perfectamente la alusión. La Unión Soviética, lo mismo que Polonia y demás democracias populares, desea obtener créditos a largo plazo a intereses ventajosos. La Unión Soviética desea además que Alemania Federal se comprometa a invertir masivamente en Siberia; se habla de cinco mil millones de marcos (unos ciento quince mil millones de pesetas). Los industriales alemanes, que no ven el interés de la operación, no parecen demasiado entusiasmados por la idea.

En Moscú, sin embargo, Scheel se muestra en principio de acuerdo. Las relaciones de pronto se caldean. La representación de los berlineses occidentales en los países comunistas se extenderá «prácticamente —afirma Scheel— a las personas morales». La Ostpolitik está a salvo, Willy Brandt viajará muy pronto a Praga. «Los checos y los polacos —explica un alto funcionario de Bonn— podrán beneficiarse de los créditos que necesitan para modernizar sus industrias...». Pronto —probablemente a comienzos del año que viene—, Gierek, número uno de Polonia, visitará oficialmente la Alemania Occidental. Con gran disgusto de los alemanes orientales. Una vez más, la República Democrática Alemana, el país más avanzado del campo socialista, el que dispone de la industria más moderna de todos los países comunistas y —con mucho— el nivel de vida más elevado, teme verse sacrificada sobre el altar de una «entente» entre Moscú y Bonn.

En el momento mismo en que Walter Scheel es recibido en Moscú por Andrei Gromyko, el número uno de la República Democrática Alemana, Erich Honecker, dispara toda su artillería pesada: pide en una entrevista que se suprima la presencia de la República Federal Alemana en Berlín Occidental y acusa a Bonn de llevar a cabo «maniobras imperialistas».

A este respecto se recuerda en Bonn que Walter Ulbricht se vio obligado, bajo la presión de la Unión Soviética, a renunciar a su cargo por haberse opuesto a la «entente» entre Moscú y Bonn. ¿Corre Honecker el mismo riesgo? ■ GERARD SANDOZ.

by). Todo esto son bromas interiores de Washington, que no dejan de preocupar a los intelectuales y a los críticos de la política: un hombre de esta inmóvil piedra conservadora, tan poco capaz de adaptarse a las situaciones nuevas, ¿puede realmente gobernar un país en el momento en que el mundo requiere continuos cambios de posición? La respuesta es que otros vicepresidentes lo han hecho desde posiciones tan despreciadas como las de Ford. Que estos vicepresidentes hayan sido Truman, Johnson y Nixon, de los cuales los dos últimos tuvieron finales desastrosos —Johnson, que no pudo presentarse a las elecciones para obtener su segundo mandato; Nixon, en este grave entredicho que no se sabe bien cómo va a terminar, pero que en el mejor (para él) de los casos le acompañará hasta el fin de su presidencia—, mientras el primero aparece como una figura que llevó al país por el sentido contrario al de la historia, no es algo que pueda consolarles. Menos aún que Gerald Ford pueda revelarse como un hombre capaz de

tomar decisiones que modifiquen el rumbo del país, en lugar de tratar simplemente de normalizarlo y apaciguarlo en espera de que las elecciones de 1976 hagan brotar una figura realmente elegida por el país.

Pero hay que esperar que si Ford llega por tan extraña vía a la presidencia, lo cual es enormemente posible, el equipo que está ahora construyendo su figura sobre estas bases —lealtad, honestidad, simplicidad, falta de ambiciones, apoliticismo, amor a la familia— sea también el que construya su política. Estará junto a él Kissinger, que no va a perder su puesto de consejero ni de secretario de Estado —ya Ford lo ha dado a entender así—, y estará quizá Romney, que es también una figura con dos décadas de retraso. Y habrá que ver si en 1976 Ford se retira realmente de la política y da paso a la renovación entera del sistema que se está pretendiendo con la depuración de la Administración, o si el partido republicano y los que manejan el poder encontrarán en él fuerza suficiente para prevalecer. ■ J. A.